

Contra el tiempo banquero

Pere Rovira

Cuando los enamorados aún se leían poemas y sabían usarlos como estimulante alternativa, debió de citarse mucho a don Pedro Salinas en los forcejeos sentimentales. Todavía parece uno de esos poetas que no necesitan la vía académica para subsistir, que llegan al corazón y a la imaginación de las gentes con cierta naturalidad. En el caso de Salinas, algo sorprendente, porque sus poemas dan a menudo la sensación de dirigirse a un público gremial, de poetas y profesores. Pero ese *tú* juvenil en primer término, como interlocutor directo, abre muchas posibilidades de identificación, y además está su don para los versos memorables. Tal vez a ellos se deba, en buena parte, el gusto por la obra de Pedro Salinas. Y a una redención del sentimiento que en determinadas circunstancias puede ser muy funcional.

Ser un poeta del amor implica contar con su imposibilidad. Es una norma de la tradición. Los obstáculos son poco variados: la muerte, el rechazo, la infidelidad, la fidelidad... Lo llamativo de la poesía amorosa de Pedro Salinas es que no recurre a ninguno de ellos, que presenta un amor triunfante (lo cual es bastante raro), en el que se cuenta de todos modos, con la extinción. Cuya fuerza surge tanto del sentimiento como de saberlo condenado: “Amor es el retraso milagroso/ de su término mismo”. El amor es conquista del tiempo, de su tiempo. De ahí el tono emprendedor que Salinas exhibe en su lírica: en ella no se “canta lo que se pierde”, sino lo que se tiene, a sabiendas de su precariedad. Obviamente, el marco de ese amor no puede ser apacible, regular, conyugal —tampoco la tradición ha soportado eso más que muy raramente—; al contrario: da una impresión de apresuramiento, de cita furtiva y siempre escasa, de relación amenazada. No hace falta entrar en el terreno de la anécdota: esa urgencia es lógica en un amor que pretende limitar sólo consigo mismo.

Lo que puede impacientar a ciertos lectores es que su tiempo se disfrace con mayúsculas. Que el sabor a poco de una tarde (por lo demás, bastante física) adquiera proporciones metafísicas. Pero cada cual intenta hacer saltar la banca como puede. No sé si Salinas lo logró, ni si, en el fondo, lo pretendía, pese a lo que escribe en su prefacio a *Todo más claro*: “Es la jugada de siempre, la de las palabras temporales en el tapete verde del tiempo, contra el tiempo banquero”. Quizá, como diría don Antonio Machado, apostó por el atajo, que fue con demasiada frecuencia el oro del instante. Esa jugada tiene su nobleza, aunque la poesía salga perdiendo. Salinas quiere que el amor viva del tiempo del amor, y tal exaltación del presente requiere cierta desrealización, clave del entusiasmo, pero también de la amargura de su poesía. Puesto que “lo más seguro es el adiós”, Salinas responde a esa convicción desde la visión transformadora del enamorado: más que un poeta del amor es un poeta del enamoramiento; lo que quizá significa, al fin y al cabo, que el tema de su poesía es la derrota, una derrota que el malabarismo del gozo circunstancial le permite presentar como triunfo.

A propósito de Pedro Salinas, Luis Cernuda habló de “temor a tocar temas o situaciones donde apareciese lo humano fundamental”. Yo creo que se trata de todo lo contrario: lo que atemoriza a Salinas es la ausencia de ese ingrediente, y por eso es capaz de buscarlo hasta en un anuncio de Coca-cola. Éste es, para mi gusto, el inconveniente de un poeta que pocas veces se resigna a estar donde se supone que está, como si le llamaran siempre a más altas empresas. Aunque esto es cuestión de inventiva, como él mismo dejó escrito. Además, cada uno defiende a su manera la “corporeidad mortal y rosa” que le concede la vida.